



DON SHESHA

José Álvarez Alonso



Entre los cientos de personajes curiosos y pintorescos que conocí en mis casi tres décadas recorriendo la selva amazónica peruana he encontrado de todo. Desde indígenas admirables en su inteligencia, sabiduría y dignidad, tanto hombres y mujeres, como niños y niñas, hasta personajes torvos por sus hechos no tan santos o vinculados con algunas actividades ilegales, incluyendo narcotraficantes, mineros, madereros y cazadores ilegales, funcionarios públicos de toda calaña, empleados de empresas extractivas y de organizaciones de cooperación, y algún que otro extranjero entre confundido, iluminado y extraviado en estas tierras alejadas de la mal llamada civilización.

Entre los heroicos y admirables hay uno que destaca sin duda alguna: don Shesha, abreviatura cariñosa con que los amazónicos del Perú denominan a los César. Conocí a este increíble personaje hará unos 20 años, en una comunidad llamada Salvador Pava, en la cuenta alta del río Nanay, afluente del Amazonas por la margen izquierda, y bien conocido por bañar las orillas de la ciudad de Iquitos.

Me encontré por primera vez con don Shesha a principios del año 2003. Yo estaba visitando la comunidad indígena de Salvador Pava, en el marco de un proyecto de conservación y desarrollo comunitario que ejecutaba el Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana (IIAP) en esa cuenca. Una mañana muy temprano observé una escena que no se borrará de mi mente jamás. Apenas comenzaban a atisbarse las primeras luces del alba sobre las copas de los árboles, y la niebla matutina se derramaba desde el cauce de la pequeña quebrada en desgajados jirones por el campo de fútbol que ocupaba el centro de la comunidad. En medio de la bruma percibí a lo lejos una figura agazapada en el camino que bordeaba

el campo, desde la quebrada hasta la primera fila de casas. Cuando me fui acercando comprobé que era un hombre sentado en una diminuta banqueta de madera, que estaba arrancando con golpes rítmicos, pero firmes, las hierbas del camino con lo que parecía una pala rústica de tronco de la palmera *pona* (*Iriarteia deltoidea*). Por la forma en que estaba trabajando, y las huellas que iba dejando, me percaté de que el camino era habitualmente mantenido por él con esa primitiva herramienta. Cuando pasé a su lado, le di los buenos días, pero no me contestó: su mirada vacía fija en el horizonte me confirmó que era ciego...

La curiosidad de averiguar quién era ese extraño personaje me movió a preguntar a mi amigo Andrés, jefe (*apu*) de la comunidad de Salvador Pava, a cuya casa precisamente me dirigía. Él me explicó que se trataba de don César Shateja, “Shesha” o “Sheshita”, como cariñosamente le trataban todos los de la comunidad, y que era sordomudo y ciego de nacimiento... Yo no cabía en mí de sorpresa.

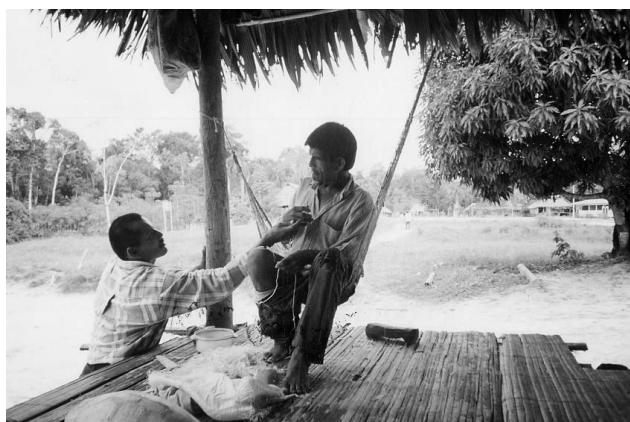
«¿Y cómo se las arregla entonces don Shesha para “cultivar” el camino a la quebrada, si no ve ni oye, ni nadie le puede explicar nada?», le pregunté intrigado.

«Todo lo aprende al tacto, y nosotros nos comunicamos con él al tacto también, tocándole en la mano o en la cara», me dijo.

«Y no sólo mantiene el camino, él hace un montón de otras cosas más...».

Aún más intrigado por esta respuesta, fui más tarde hasta la casa donde vivía don Shesha, en un extremo de la comunidad. Él se encontraba en ese momento

sentado en una hamaca de *chambira*, en una esquina del piso de *pona* de la casa. Ahí me fijé con más detenimiento en su fisonomía: era una figura menuda, quizás de un metro cincuenta o cincuenta y cinco de estatura, con miembros delgados pero de apariencia recia. La piel de su cara estaba arrugada y curtida por el sol, pero sus rasgos tenían un tono de nobleza. Sus ojos sin luz, siempre parecían como mirando al vacío. Pero lo que más me impresionó fue la eterna sonrisa que dibujaban sus labios, que le daba a su rostro una apariencia de serena tranquilidad. Sus manos rudas pero hábiles no paraban de deshilar las fibras de un viejo costal de arroz, que según nos explicó la dueña de la casa, sobrina política, le servirían para tejer una *shicra* (bolsa tejida de fibras) o una hamaca en los días siguientes.



Un poblador de la comunidad Salvador Pava “conversa” con don Shesha tocándole la mano.

¿QUÉ NO HARÍA DON SHESHA SI TUVIESE VISTA?

Poco a poco me fui enterando de la increíble vida de este gran, gigantesco hombre, don Shesha.

«Muy raramente está sin hacer nada», me contó la sobrina.

Aunque esté sentado en su hamaca, siempre está tejiendo algo, deshilarando un costal para sacar fibras, o torciendo *chambira* (fibra de hojas de la palmera *Atrocaryum chambira*) para tejer alguna cosa luego. A veces hace cosas con el machete (y me señala el banquito tallado en una sola pieza de madera en el que se sentaba cuando cultivaba el camino). Como es ciego, no le importa que sea de día o de noche, y a veces lo ves trabajando a cualquier hora de la noche. Él sabe tejer *paneros* de *tamshi* (canastos de la liana *Heteropsis linearis*, *H. spp.*), *shicras* y hamacas de *chambira* y costal, y *aventadores* (abanicos) de *chambira*; sabe remendar su propia ropa y redes de pescar, anzuelear pescado en el puerto de la quebrada, cargar su agua hasta

la casa, componer y cocinar su pescado, y muchas cosas más.

«Sheshita cultiva el camino desde la casa hasta el puerto, y ayuda normalmente a los vecinos a tejer crisnejas de *irapay*» (especie de ‘tejas’ de hoja de la palmera *Lepidocaryum tenue*), continuó su sobrina ante mi creciente asombro. Y para probarlo, le dijeron con gestos táctiles (agarrando su mano y moviéndola de varias formas) que un vecino del frente necesitaba su ayuda para tejer *crisnejas*: don Shesha se rio e indicó con gestos, de acuerdo a la “traducción” que hicieron, que no quería ir porque ese vecino le hacía trabajar y no le invitaba a comer, con lo que nos hizo reír a todos.



Como en todas las comunidades amazónicas, los niños son los protagonistas en la comunidad de don Sesha, Salvador Pava.

Me fijé en la hamaca en la que estaba recostado, y pregunté si la había hecho él. Me confirmaron que sí: realmente impresionante, tenía los *cocos* o nudos de la red perfectamente alineados (ver foto). Comenté eso, y un vecino, que se había acercado a la casa de curioso, me dijo:

No sólo hace los nudos perfectos, sino que hace la rebaja del tamaño de los *cocos* hacia las puntas de la hamaca sin equivocarse. Esta ‘rebaja’ sólo un experto con buena vista la hace bien, pero ¿cómo puede calcular eso sin equivocarse Sheshita, ah?

Pese a que don Sheshita no podía oír lo que hablábamos, me di cuenta de que se había percatado de la presencia de alguien extraño en la casa (junto conmigo habían llegado a la comunidad algunos más del equipo de campo del IIAP, quienes también se habían acercado a curiosear a la casa donde estaba don Shesha). Su sobrina nos contó que, increíblemente, a pesar de su aparente aislamiento total del mundo circundante, se había percatado de que había personas de fuera en el pueblo, y nos hizo una demostración: con gestos realizados con sus manos en las manos de

don Shesha, aparentemente le preguntó quiénes éramos nosotros, y él contestó también con gestos: con sus dedos contó hasta seis, y luego hizo el ademán de escribir en la palma de la mano. Luego indicó algo en el cielo y una señal de partida estilo “amazónico”, chocando las dos palmas de las manos y proyectándolas hacia adelante y hacia arriba.

«Dice que en el pueblo hay seis profesores, y que mañana se van a marchar», nos tradujo la sobrina. Justamente éramos seis los técnicos del equipo del IIAP, y al día siguiente teníamos prevista la partida para visitar otra comunidad en el alto río Nanay...



Don Shesha mostrando dos de sus artesanías: un abanico y una hamaca tejidos con la fibra de la palmera chambira.

A este punto, varios otros vecinos se habían reunido en torno a la casa donde estábamos con don Shesha, y uno tras otro contaban anécdotas de lo que le había visto hacer alguna vez. Por lo que decían, don Shesha, que en esos momentos tendría sus 55 a 57 años, en sus años mozos había llevado en la comunidad una vida casi diríamos ‘normal’: aunque vivía con un hermano soltero, don Ladico (diminutivo de Ladislao), que cuidaba de él, don Shesha tenía su propia *chacra* (huerta), y decían que no sólo iba él solito a quitar las hierbas y sacar la yuca, sino que él mismo rozaba con su machete los arbustos y tumbaba a hacha los árboles... ¡al tacto! Claro que siempre en *purmas* (bosques secundarios) que los vecinos dejaban a propósito para él cerca de la comunidad, porque ahí era algo más fácil cortar los árboles relativamente jóvenes.

Para quien conoce la cantidad de bichos y peligros que hay en la selva, esto era realmente sorprendente: ¿Cómo se las arreglaba don Sheshita para evitar ser aplastado por un árbol talado o picado mientras cultivaba, “al tacto” y arrastrándose por el suelo, por *isulas* (hormiga bala, *Paraponera clavata*), *tingoterros* (*Odontomachus bauri*), y otras hormigas, avispas,

serpientes y demás bichos que pululan por el suelo y la vegetación, si hasta los que vemos bien somos sus víctimas habituales? Incluso cuentan que llegó a hacer su propia canoa a punta de hacha, con un tronco que al efecto le habían traído hasta el puerto de la comunidad, con la que remaba por el cauce de la quebrada para anzuelear.

Un vecino entonces agarró una pequeña *shicra* finamente tejida que estaba colgada en una viga sobre la cabeza de don Shesha, en la que asomaban algunos *volantines* (un arte de pesca amazónico) con anzuelos de diferente tamaño, enrollados en trozos de madera de *topa* (balsa), y se los puso en la mano. Con algunos gestos le indicó algo, y don Shesha se convirtió de repente en un verdadero narrador, siempre con los expresivos gestos hechos con las manos y el rostro que eran su única forma de comunicación.

Según iba avanzando la narración, don Sheshita se emocionaba y hacía gestos más y más dramáticos, acompañando los movimientos de la mano con los pies y la cabeza, y algunos sonidos guturales. El vecino nos iba traduciendo lo que contaba: que hacía un tiempo había estado anzueleando en el puerto de la quebrada y se *apegó* a su *volantín* un *zúngaro* (pez gato) de más de un metro de largo. Cómo lo sacó jalando con fuerza, tras un largo forcejeo, y tuvo que machetearle en la cabeza para matarlo, cómo lo *pishtó* (preparó con el machete) y lo pedaceó para cocinarlo...

En los últimos meses don Shesha vivía *agregado* en la casa de su sobrina política, ya que la casita en la que vivía con su hermano la había derribado un ventarrón. Su hermano Ladico justamente llevaba varios meses enfermo y no podía trabajar. La primera vez que visité la comunidad de Salvador Pava, un par de meses antes, me sorprendió ver que el agente municipal de la comunidad nos entregaba una bolsita con una cantidad de dinero, que habían recogido entre los pobladores de esta organizada comunidad católica, como donativo para ayudar en la curación de don Ladico, que estaba por ese tiempo en el hospital de Iquitos. Viendo el afecto con el que trata la comunidad a ambos hermanos, no podemos dejar de imaginar en qué ambiente acogedor y con qué muestras de apoyo y cariño se habrá criado don Sheshita para que haya desarrollado esa impresionante seguridad en sí mismo a pesar de sus enormes limitaciones físicas y su aparente estado de total indigencia.

Debo aclarar que una versión de esta narración apareció publicada a principios del 2003 en una revista de Iquitos hoy desaparecida, *Kanatari*. Yo culminaba mi nota con los párrafos de abajo. Como se comprobará más adelante, tuve que comerme mis expresiones porque el artículo sí tuvo un impacto, como

se indica en la nota de más abajo, publicada unas semanas después en la misma revista.



Indígenas del río Nanay tejiendo 'crisnejas' (tejas) de hojas de la palmera 'irapay', uno de los trabajos que suele hacer don Shesha.

HOMBRES Y HOMBRES

No sé si ustedes lo estarán, pero yo sí estoy harto, asqueado sería mejor decir, de las figuras y figuretis que anualmente son declarados en Perú “hombres y mujeres del año”, por uno y otro medio de comunicación. Muchas veces, no me atrevo a decir que todas, tienen por único dudoso mérito haber aparecido más frecuentemente que otros en los medios de comunicación, que como sabemos explotan la noticia como los buitres la carroña, y ensalzan hoy a quien devorarán mañana, según convenga a su política de ventas.

Pues bien, si de honor al mérito se trata, y desde estas humildes páginas y desde la humilde auto-ridad que me otorga el no responder ante nadie ni rendir cuentas a nadie que no sea mi conciencia y mis principios, declaro solemnemente a don Shesha A. Shateja el HOMBRE DEL AÑO, y si me apuran, DEL SIGLO, en el Perú. Me imagino que muchos de los que lean estas líneas dirán que conocen a mujeres y hombres abnegados, trabajadores, empeñosos, emprendedores... Ciertamente, no niego que “Don Sheshas” de mayor o menor mérito hay muchos en el Perú. Pero don Shesha de Salvador Pava es mi héroe: él ha sabido como nadie hacer frente a una excepcional adversidad en unas circunstancias excepcionales, como creo que muy pocos en este país. Pese a las tremendas, aparentemente insuperables, limitaciones con las que ha venido a esta vida, ha sabido ganarse el pan siempre con el trabajo de sus manos y vivir con dignidad en uno de los ecosistemas más hostiles del planeta. Nunca, jamás ha pedido limosna a nadie, me confirmaron los vecinos de su comunidad. No puedo dejar de pensar en lo que hubiese sido capaz de hacer este hombre con ese coraje de haber tenido completos sus cinco sentidos.

En este país en el que estamos acostumbrados a la proliferación de ladrones, pediguños y parásitos de toda laya, de vividores y oportunistas que sólo esperan una ocasión para aprovecharse de los dineros del Estado o para estafar a los otros, de gritones de todo tipo que le echan la culpa de su ineptitud o haraganería a las autoridades “que no apoyan”, que se quejan constantemente de lo ingrata que es la vida y justifican su inacción (o acción) criminal con mil y una excusas y diatribas sobre la falta de trabajo y oportunidades, la figura y ejemplo de don Shesha es una gigante inspiración. La serena dignidad con que este hombre íntegro, laborioso y corajudo, ciudadano de la Amazonía y del Perú a carta cabal (pese a no tener DNI), ha sabido sobrellevar su existencia, en su modesta condición de agricultor y pescador en un rincón de la Amazonía, sólo es emulada a mi juicio por muy pocos personajes de los que aparecen en los libros de historia del Perú, si es que por alguno. Sé que nunca le harán un busto a don Shesha, ni le dedicarán una calle, ni le harán siquiera un sencillo homenaje en un salón municipal. Aún más, sé que tristemente don Shesha nunca podrá leer esta nota, ni nadie, por más esfuerzos que haga, podrá traducirle con gestos sencillos en la palma de su mano lo que escribí en estas líneas en su honor... Probablemente no sabe siquiera qué significa leer o escribir, ni que existen los periódicos y los libros. Pero hoy don Shesha es mi héroe, mi Jesucristo peruano encarnado en esa humilde humanidad de campesino loreto en la Comunidad de San Juan de Pava, alto Nanay, y como tal se lo presento a ustedes.

Como adelanté arriba, el artículo tuvo su impacto y don Shesha fue declarado hombre del año por el Rotary Club de Iquitos. Transcribo la nota que publiqué en la misma revista a raíz de este reconocimiento.

DON SHESHA, EL HOMBRE DEL AÑO EN LORETO

Cuando escribí el artículo sobre don Shesha en Kanatari (N° 959, del 02.02.03), decía que estaba seguro que nunca le harían un homenaje, a pesar de que lo considero uno de los personajes que encarna con más excelencia los auténticos valores tradicionales de nuestras sociedades amazónica. Como se recordará, Don César A. Shateja, “Shesha” o “Sheshita” para los amigos, a pesar de ser sordomudo y ciego de nacimiento, ha llevado una vida prácticamente normal y productiva, en su comunidad nativa de Salvador Pava, en el alto Nanay, donde ha desempeñado las activi-

dades cotidianas de cualquier campesino, como cultivar su chacra, pescar, cocinar, lavar, cultivar el campo frente a su casa, tejer crisnejas, remendar redes, y muchas otras cosas más. Don Shesha también hace artesanías, como shicras, aventadores y hamacas de chambira, con una perfección y belleza que igualan, si no superan, a las elaboradas por personas con todos sus sentidos completos. Reitero ahora lo que un día escribí en Kanatari: *No puedo dejar de pensar en lo que hubiese sido capaz de hacer este hombre, con ese coraje, de haber tenido completos sus cinco sentidos.*

Pues bien, hoy tengo que retirar mis malos augurios sobre la insensibilidad de nuestra sociedad para los “héroes anónimos” como Don Shesha. El Club Rotary Iquitos Sur ha tenido el acierto de nombrarle “Hombre del Año” en Loreto, en mérito a la dignidad con que, a pesar de las tremendas limitaciones con que nació, supo ganarse la vida honradamente y ser un elemento útil para su comunidad. En esta sociedad en que tan fácilmente nos ciegan las lentejuelas y oropeles de la falsa fama que crean los medios de comunicación, que ensalzan sin medida, no a los mejores, sino a los más poderosos, ricos, astutos o quién sabe qué, la decisión del Rotary Iquitos Sur ha sentado un precedente que, espero, marque escuela en Loreto. Aunque la vida de Don Shesha es ciertamente excepcional, hoy quiero recalcar que en nuestra selva hay muchos héroes anónimos, gente esforzada, laboriosa, honesta, que se gana la vida con dignidad inquebrantable, y que nunca saldrán del anonimato porque no son noticia en los medios de comunicación como ciertos políticos de dudoso pasado (o presente), o preeminentes hombres de negocios o profesionales con facetas hartas oscuras en su vida.

El homenaje a don Shesha tuvo lugar en el auditorio del IIAP el día jueves 24, y estuvo cargado de intensa emotividad, sobre todo cuando los presentes se enteraron que, para poder estar en Iquitos en esa fecha, Don Shesha había tenido que bajar en canoa desde su comunidad hasta Iquitos, a remo, a sol y a lluvia, un día y una noche, con el Presidente de la comunidad de Salvador Pava, Andrés Rodríguez. Quien haya estado alguna vez sentado en una banca de canoa por unas cuantas horas, se puede imaginar el sacrificio que ha podido significar para este hombre, no acostumbrado precisamente a andar en canoa ahora a sus casi 60 años, el estar así sentado, sin moverse, más de 36 horas seguidas...

El Rotary le obsequió a Don Shesha durante el homenaje un voluminoso paquete de diversos artículos que le servirán en su vida cotidiana, como alimentos, menaje de cocina, herramientas de carpintería, bateas, ropa de cama, etc... Durante la ceremonia, los asistentes pudieron apreciar la perfección y calidad

algunos de los objetos que Don Shesha elabora con fibras de chambira, como una hamaca y una shicra. El Gobernador Nacional del Rotary Club, por otro lado, se comprometió a apoyar una posible operación en Lima para devolver la vista a Don Shesha, en caso de que se demuestre que su ceguera no es incurable. De momento, los análisis preliminares realizados por especialistas de Iquitos han mostrado que un ojo está totalmente irrecuperable, pero que con el otro sí percibe algo de luz, por lo que no perdemos la esperanza de que este héroe pueda un día, siquiera por los últimos años que Dios le dé, disfrutar viendo por primera vez el rostro de las personas que ama y que le aman, de amigos y familiares, y contemplar la inmensa belleza de esta naturaleza amazónica con la que Dios nos ha obsequiado a los loreanos.

Algunas personas han manifestado un sentimiento de lástima o compasión por Don Shesha, debido a sus limitaciones. Reitero lo que les he dicho en persona: Don Shesha no es un hombre amargado o resentido por su ceguera y sordera innatas. Todo lo contrario: yo he comprobado en su comunidad que es un hombre feliz, conforme con lo que la vida le ha dado, y que sabe compartir las alegrías y las penas cotidianas con su gente. Su buen ánimo se demuestra por su costumbre de contar, con sus peculiares gestos, sus increíbles historias, haciendo reír a amigos y vecinos. A esas personas que se sientan inclinadas a sentir lástima por don Shesha, desde aquí les digo que no lo hagan, que más bien sientan lástima por tantos peruanos que, tendiendo sus cualidades y sentidos completos, y estando en la flor de la vida, no sólo no aportan nada a su comunidad ni al país, sino que se convierten en una pesada carga, por su haraganería, inmoralidad, o sus actos delictivos. A esta pobre, realmente pobre gente, es a la que hay que compadecer.

NOTA FINAL

Don Shesha no pudo recuperar la vista, por lo que supimos después. Continuó con su productiva y tranquila vida en Salvador Pava, y falleció hace unos años entre los familiares y amigos que lo amaron, respetaron y apoyaron. Descanse en paz, don Shesha, sé que hay un lugar especial más allá para ciudadanos como usted, a quien siempre llevaré en mi memoria y en mi corazón como un referente y un modelo.

* José Álvarez Alonso es un ornitólogo leonés, afincado en el Perú desde 1983, que vivió en la Amazonía por más de 28 años. Desde el 2012 al 2023, con una interrupción el 2017, fue director general de Diversidad Biológica en el Ministerio del Ambiente del Perú.

* Fotografías del artículo: José Álvarez Alonso.